tres buques pequeños con 8 piezas de escaso calibre. Las cofas y los mástiles de los buques que quedaban en el puerto de Montevideo se cubrieron de espectadores, ansiosos de presenciar la lucha que iba á tener lugar, pero con gran asombro suyo, al acercarse Garibaldi á la flotilla de Rosas, esta levó el ancla y se alejó á toda vela. Al ver el enemigo que tres miserables buques osaban atacarle apesar de la superioridad numérica de sus fuerzas, creyó sin duda que se contaba con algun medio oculto, pero seguro, para destruirle, y no quiso aceptar el combate, de modo que Garibaldi volvió á entrar en el puerto, en medio de los aplausos de la entusiasmada multitud.

En Montevideo, sin embargo, no marchaban muy bien los asuntos: el estado de la hacienda era deplorable; la mayor parte de los que componian la legion española habian desertado; los franceses no se mostraban muy dispuestos á tomar parte en las empresas arriesgadas; la legion italiana estaba diezmada á consecuencia de los combates y las enfermedades, y por último, el ejército de Ribeira habia sido derrotado varias veces y el enemigo le hizo muchos prisioneros que fueron fusilados por órden de Oribe ó de Rosas. Garibaldi era la única esperanza del pais; todos confiaban en su celo y en su valor, pero ninguno contaba con otros acontecimientos que debian favorecer á los defensores de la pequeña ciudad. En la arena del palenque iban á presentarse muy pronto otros combatientes á cuyos esfuerzos reunidos no era posible resistir.

CAPÍTULO X.

La intervencion anglo-francesa.—Espedicion al Uruguay.—Victória de la escuadra inglesa y francesa.—Garibaldi se apodera de una ciudad.—Su conducta magnánima.—Combates numerosos.—Batalla de Zapevi.—Defensa de Gualeguachu.—Sangrienta refriega en el Salto, San Antonio.

Cuando mas crítica era la situacion en Montevideo, las escuadras francesas é inglesas se apoderaron de la flota bloqueadora y se la repartieron amistosamente.

El Gobierno de Montevideo resolvió entonces organizar una espedicion al Uruguay, y habiendo conferido el mando de ella á Garibaldi se hizo este á la vela con su flotilla, en la que iban 200 voluntarios de la legion italiana. La isla de San Martin Garcia fue la que primero cayó en poder de los espedicionarios, sin resistencia alguna, pues la guarnicion huyó sin querer aceptar el combate, bien es verdad que la escuadra anglo-francesa apoyaba en cierto modo los movimientos, atendido que tan pronto como se presentó en la ciudad de Colonia, huyó el enemigo precipitadamente. El general Montero, no obstante, reunió á los fugitivos y tomó posicion en la orilla opuesta del rio, mientras las escuadras cañoneaban la desierta ciudad antes de desembarcar á sus marinos, por temor de que cayesen en alguna emboscada, y poco despues

la legion italiana saltó en tierra, á fin de tomar otra posicion, que fué atacada por Montero, pero rechazado este vigorosamente, pasaron los voluntarios á guarnecer la ciudad. Entretanto, las escuadras francesa é inglesa remontaron el Panara, contestando al fuego de varias baterias que ocupaban formidables posiciones, y al cabo de tres dias de combate, los aliados quedaron victoriosos, sin encontrar ya mas resistencia. Obtenido este triunfo, Garibaldi continuó recorriendo el rio y los aliados permanecieron junto á las baterias conquistadas. Diremos aquí de paso que los dos almirantes trataban con la mayor bondad y cortesía al jefe de la legion italiana, al que iban á ver siempre que saltaban en tierra, complaciendose en compartir con él su frugal comida.

La caballeria voluntaria, especialmente una partida al mando de cierto capitan Cruz, tan intrépido militar como hábil ginete, prestó entonces muy buenos servicios. Aquellos atrevidos guerrilleros esploraban el pais, facilitando á Garibaldi cuantas noticias necesitaba, y dispersaron varios destacamentos del enemigo, apoderandose de algunas plazas de importancia.

En la parte mas lejana del rio habia un punto muy bien fortificado llamado Pasandra, y Garibaldi tomó posicion cerca de él, en un caserio conocido con el nombre de Herreidero, sabido lo cual por el general La Valleya, combinó un ataque nocturno con fuerzas muy superiores y artillería, pero fué rechazado con gran pérdida, sin que pensara en volver al ataque, por no esponerse á una segunda derrota.

En el rio se hicieron muchas presas, y fué tomada la ciudad de Gualeguachu, en la cual dió Garibaldi una nueva prueba de su magnanimidad y grandeza de alma. El infame Leonardo de Milan, de quien habia sido prisionero, y que tuvo la crueldad de mandarle aplicar el tormento, se hallaba en su poder, y si entonces le hubiera mandado ahorcar, el mundo habria reconocido como justa la sentencia, pero Garibaldi era incapaz de un acto de venganza, y dejó al miserable en libertad sin molestarle en lo mas mínimo.

Como el jefe de la legion italiana no contaba con suficientes fuerzas para conservar la ciudad, impuso un tributo en nombre del Gobierno y obligó á las autoridades á facilitar á sus hombres cuanto necesitaran.

El enemigo se mostraba obstinado en la resistencia, aprovechando el menor descuido para obtener alguna ventaja, y así es que los combates fueron numerosos, y algunos de ellos muy sangrientos. No hay palabras para elogiar la conducta de Garibaldi en aquella espedicion seminaval, semimilitar, y es seguro que ningun jefe espuso tantas veces como él la vida ni arrostró tantos peligros, peligros en los cuales parecia protegerle siempre la Providencia.

Por fin llegaron las escuadras á las cataratas del Uruguay, punto conocido con el nombre de Salto San Antonio: el general La Valleya y sus tropas emprendieron la retirada, obligando á los habitantes á que abandonaran sus casas, y este jefe eligió una buena posicion en las orillas del Zapevi, uno de los afluentes del Uruguay. Garibaldi resolvió atacarle, y habiéndose puesto en marcha durante la noche, con su legion y una fuerza de caballería irregular al mando del capitan Cruz, llegó al amanecer frente á la posicion, que por lo formidable, hubiera hecho vacilar en su propósito á otros hombres menos resueltos que nuestros heróicos aventureros. Combinado el ataque, Garibaldi dividió sus fuerzas en dos columnas y se lanzó impetuosamente al asalto; el combate fué breve, pero decisivo y encarnizado, y poco despues, el enemigo vadeaba el Zapevi, dejando el campo sembrado de muertos y moribundos. Cien prisioneros, un cañon, varios caballos y otras cabezas de ganado, y una considerable cantidad de municiones, fueron los trofeos de la victoria.

El triunfo no pudo ser mas completo: Garibaldi habia comprendido á la primera ojeada cuales eran los defectos y ventajas de la posicion, y gracias á su pericia y actividad pudo evitar que costase cara la victoria.

Los habitantes del distrito y de la ciudad pudieron volver á sus casas, profundamente agradecidos á la clemencia de Garibaldi.

Bajo la direccion del infatigable Anzani, fortificóse la plaza, que por su elevada posicion, dominaba los alrededores, y se hicieron varios preparativos de defensa, para el caso de un ataque.

A los pocos dias llegaron al Salto, muy oportunamente por cierto, dos buques de guerra, uno inglés y otro francés, cuyo auxilio iba á ser necesario bien pronto.

El dia 6 de diciembre de 1845, el general Urguisa avanzó con 3.500

caballos, 800 infantes y una bateria, para atacar á la ciudad, pero ya Garibaldi habia mandado levantar barricadas en las calles, colocando tres piezas de artillería en una eminencia desde donde podia dominar el camino. El enemigo ocupó algunas casas y siguió avanzando, pero una lluvia de metralla seguida de un nutrido fuego de fusileria, le obligó á detenerse y le hizo vacilar, cuyo momento aprovechó Garibaldi para lanzarse con dos compañias de reserva sobre los invasores, los cuales retrocedieron en el mayor desórden y confusion.

Aquella primera derrota no desanimó al enemigo, que durante algunos dias renovó diversas veces sus ataques, aunque sin resultado alguno, hasta que al fin, persuadido de que para tomar la plaza necesitaria mas fuerzas y que sacrificaba inútilmente la vida de sus soldados, levantó el sitio y emprendió la retirada.

Durante la primera parte del año 1846, Garibaldi no pudo hacer otra cosa sino conservar sus posiciones, mas no por eso permaneció del todo ocioso, pues estableció una correspondencia con los refugiados de Montevideo que estaban en el Brasil, invitándoles á que organizaran un cuerpo de ejército y fueran á reunirse con él.

Durante su correspondencia con los desterrados, consiguió que uno de ellos, el general Medina, se comprometiese á cruzar la frontera con 500 ginetes para ir á reunirse con Garibaldi en las alturas de Zapevi, y al efecto, el 8 de julio, se puso en marcha el jefe de la legion italiana á la cabeza de 150 infantes y 200 caballos, con que se habia aumentado la guarnicion por haber llegado del Brasil con dichas fuerzas el coronel Baez.

Este pequeño cuerpo de ejército no observó sin duda que le vijilaba atentamente un destacamento de caballería de unos cuatrocientos hombres, mas no impidió esto que el coronel Baez llegára sin contratiempo al punto que se le tenia designado, mientras Garibaldi tomaba posicion en una eminencia, cerca de un cobertizo, muy favorable para la defensa si el enemigo le atacaba allí.

A eso del media dia, vióse aparecer una numerosa guerrilla en órden de batalla, y sin vacilar un momento, adelantóse el Coronel Baez para cerrarla el paso, pero confiado el enemigo en la superiodad de sus fuerzas, atacó resueltamente y puso en dispersion á la caballería

de Baez. Garibaldi, que estaba con este gefe, se dirigió entonces á galope hácia el cobertizo para llamar á sus italianos, mas antes de llegar, caballo y caballero rodaron por tierra, dando esto lugar á que algunos creyesen que el valeroso caudillo habria muerto. Afortunadamente, lo que pudo producir una desgracia, solo sirvió para que Garibaldi diese una prueba mas de su admirable serenidad y presencia de ánimo, pues temeroso de que sus compañeros se figuraran que estaba herido mortalmente, disparó una de sus pistolas, y entonces acudieron presurosos los legionarios para sacarle de su peligrosa situacion. Cuando estuvo en medio de sus compatriotas, Garibaldi desenvainó su espada y les dijo:

—Amigos mios, nuestros enemigos son numerosos y nosotros no contamos con suficientes fuerzas, pero, ¡no importa! cuantos menos seamos, mayor glória alcanzaremos. Permaneced tranquilos; no hagais fuego hasta que vuestros adversarios estén cerca, y entonces, atacad á la bayoneta.

Las órdenes de Garibaldi fueron obedecidas puntualmente; el enemigo hizo fuego á la distancia de sesenta pasos y cayeron algunos italianos, pero la descarga de sus compañeros fué mortífera; el suelo se cubrió de muertos y heridos, y entonces atacaron los voluntarios á la bayoneta, arrollando cuanto se oponia á su paso.

Por un momento, se introdujo la confusion entre los guerrilleros, pero eran hombres de valor, y despues de sufrir otra descarga no menos mortífera que la anterior, formáronse de nuevo en buen órden y avanzaron en número de seiscientos hombres, resueltos á tomar el cobertizo donde se habian parapetado sus enemigos. Entonces se empeñó el mas terrible y obstinado combate que imaginarse pueda; aquello era un duelo á muerte, una lucha cuerpo á cuerpo, y los italianos hubieron de convertirse en héroes para rechazar á sus numerosos enemigos. Un corneta, muchacho de quince años, á quien hirió un lancero, se arrojó furioso sobre su adversario y le atravesó el corazon de una cuchillada, pero él tambien murió á los pocos momentos. En su parte oficial referente á esta accion, decia Garibaldi lo siguiente:

«Debo reconocer que nuestros antagonistas se batieron valerosamente, y algunos llevaron á cabo actos de verdadera bravura. Uno de